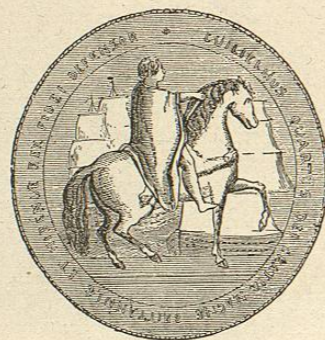


la declaración de independencia,—25 de Enero,— que Varsovia celebró con iluminaciones y fiestas públicas como si fuera ya un hecho infalible.

La Dieta nombró un nuevo gobierno el 29 de Enero, del cual formaban parte individuos de todas las procedencias y de todos los partidos, Lelevel,

Barzyvski, Morakovski, Niemoievsky y el mismo Czartoriski el gran amigo del tsar y de la familia imperial.

El nuevo gobierno se dirigió al pueblo haciéndole saber á la vez que la independencia de Polonia que esta era una monarquía constitucional.



Sello de Guillermo IV



## CAPITULO XLIV

### LEVANTAMIENTOS EN LA ITALIA CENTRAL

Medidas de precaución tomadas por Austria.—Fermentación en los Estados de la Iglesia.—La familia napoleónica.—Estalla el movimiento en Módena, Bolonia y Parma.—Abolición del poder temporal del Papa.—Resistencia del gobierno romano.—Debilidad é aislamiento de la insurrección.

**S**I el gobierno provisional polaco hacía valer su derecho á ser socorrido por Francia, diciendo que con su levantamiento había desorganizado el ejército ruso, absorbido sus armamentos y destruido sus fuerzas, Italia podía decir que con su actitud había paralizado á Austria, dando á Alemania y á Suiza ocasión y libertad para sus revoluciones.

Para Austria ó para Metternich la condición de la paz interior del reino estaba en que el orden no se turbase en Italia. Había dicho que si tuviera en su mano otra vez los setecientos mil hombres que en 1815 pudo arrojar sobre Francia, lo haría á la sazón de nuevo para acabar con todas las revoluciones, que nada podía hacer para impedir la separación de Bélgica, ni para domar la Alemania y la Suiza, pero que Italia no se movería porque Italia era una provincia austriaca.

Metternich, sin embargo, se preparó para todo lo que pudiera ocurrir aleccionado por los sucesos de 1820; pero se previno en silencio y con gran rigidez, de modo que se sentía por todas partes la dura mano del canciller sin verla. Á la vez prevenía Metternich al rey de Nápoles que estuviera alerta,

al gran duque de Toscana que vigilara á los revolucionarios italianos, á quienes había dado acogida, á lo que contestó expulsando á los napolitanos Poërio y Giordani, y las mismas prevenciones hizo á los demás príncipes sometidos á su influencia. Para proteger al Piemonte, que veía sobre su frontera á los emigrados piamonteses refugiados en Francia, Metternich, el hombre resuelto á todo, anunció á Francia que hacía de la conservación del orden en Piemonte una cuestión propia de Austria; pues de la conservación del orden en Piemonte dependía que el orden fuese inalterable en el resto de la península italiana.

Recibía de todos los Estados italianos Metternich, las más absolutas seguridades de paz; sólo de los Estados pontificios le llegaban noticias alarmantes, pues allí se encontraban varios miembros de la familia Bonaparte que volvían á *republicanizar* y allí existían á millares los militares italianos que echaban de menos los días del reino de Italia.

Bolonia y Ferrara mantenían una comunicación constante entre sus sociedades de carbonarios. El centro de acción estaba en Bolonia y si ésta se puso en movimiento desde los primeros días de la revo-

lución de París, puede calcularse lo que sucedería al estallar la revolución de Bélgica que tenía un carácter para ella más interesante, pues presentaba el renacimiento de un pueblo.

Contribuía, naturalmente, á alimentar las esperanzas de los revolucionarios italianos, lo que pasaba en Alemania; ¿pero qué se iba á hacer en Italia? ¿Se iba á restaurar el reino italiano ó la libertad de cada antiguo Estado, de cada antigua ciudad, ó de cada uno de los Estados creados por los tratados de Viena?

Menotti y Misléi visitaban los centros de acción recomendando al duque de Módena, al duque Fran-

cisco, que era el único príncipe italiano que no había aun querido reconocer el gobierno de Luis Felipe, como el que debía ser aclamado rey constitucional de Italia. Este Luis Felipe de Italia no fué creído. Nadie creyó en sus sentimientos liberales, aun cuando todos le creían capaz de desempeñar el papel de rey *Birbante* entre sus colegas italianos.

Sentían los italianos su propia debilidad para levantarse, no contra sus reyezuelos ó duques, sino contra Austria, que veían detrás; pero en Italia, como en todas partes, no se creía en la neutralidad de Francia. Por lo mismo que en toda Europa se decía que había retoñado en Francia la hidra revolu-



DAVID BREWSTER

cionaria, se creía que esta hidra perdería la paciencia y correría á abrazarse con los demás pueblos de Europa; pero Francia se reservaba para sí y no quería correr nuevas aventuras. El partido democrático, fiel á las tradiciones liberales de la revolución de 1789, hubiera, sin duda alguna, acudido á todas partes en donde se le llamara; pero el partido democrático era impotente para arrastrar á Francia, y Luis Felipe no era un rey guerrero.

Claro está que los emigrados italianos como los españoles habían de sentirse dispuestos á intentar la obra de revolucionar la península, y por consiguiente Pepe acosaba por todas partes á Lafayette pidiéndole recursos para la revolución, que primero ofreció el general, y que luego negó. El ministro de Estado francés, Molé, le dijo rotundamente que Francia no estaba dispuesta á emprender una nueva guerra de propaganda revolucionaria.

Todo lo que consiguieron Pepe y Milei fué que Lafayette les asegurase que Francia mantendría su

política de no intervención, y que la haría guardar por todas las potencias, lo cual prueba que Lafayette ignoraba que Metternich se había reído de ese nuevo sistema político del cual hasta entonces no había oído hablar y que había declarado que no respetaría, reivindicando para cada Estado la libertad de sus movimientos, lo mismo en el interior que en el exterior.

Creyose, sin embargo, lo dicho y asegurado por el general, y por consiguiente ya no se vió tan difícil el levantamiento de Italia desde el momento que Francia se encargaba de contener á Austria.

Alentaron las esperanzas de los liberales la muerte del rey de Nápoles,—10 de Noviembre,—y la del papa Pio VIII,—30 de Noviembre,—sucesos que se encadenaron con las noticias del levantamiento de Polonia.

Cobrados los ánimos, se quiso empezar por abolir el poder temporal de los papas; pero avisado el gobierno pontificio á tiempo, puso presos á los auto-

res del pensamiento, gente más atrevida que autorizada para tales empresas, más ó menos excitada por los bonapartes. En efecto, tan pronto se creyó dominada la situación, el cardenal Fesch recibió orden de que hiciera salir de Roma al príncipe Carlos Luis Bonaparte que paseaba á caballo por las calles de Roma llevando en la silla de su caballo los colores tricolores; y como el cardenal se atreviera á defender á su pariente, el gobierno pontificio sin más explicaciones hizo conducir á la frontera al hijo del duque de Saint-Leu. Lo mismo había dispuesto hacer con el hijo del duque de Montfort, niño de catorce años, pero los representantes de Rusia y Wurtemberg hicieron retirar la orden.

Se comprende, sin grandes explicaciones, el estado de agitación interior de que se sentía poseída la familia Bonaparte desde el triunfo de la revolución de Julio. Si la monarquía reemplazaba á la monarquía, entre la monarquía caída, de derecho divino, y la monarquía triunfante, de derecho popular, mediaba un abismo. El atractivo, la fuerza de la legitimidad quedaba anulada, y la democracia se dejaba sentir dentro de las nuevas ideas constitucionales. La doctrina de la soberanía del pueblo se imponía, y era evidente que esta soberanía se corta ó á la larga había de sentirse cohibida por la dinastía de los orleanes que, una vez había subido al trono, reputaba como una herencia legítima de la



REVERENDO W. JAY

familia. El pueblo, pues, podía llamar á los bonapartes á sustituir á los orleanes, y esta presunción arraigó tan fuertemente entre los napoleones que, descontando desde luego el tiempo que era indispensable para que tal cosa fuera posible, se entregó desde luego á la lucha para la reconquista del trono imperial, como si quien ahora lo lograba fuera un usurpador de los derechos de la familia.

Fué nada menos que el conde de Survilliers quien desde los Estados Unidos inició la campaña, escribiendo á nacionales y extranjeros, á gente oficial y á gente particular, á paisanos y á militares,—al general Lamarque,—diciéndoles que el bonapartismo era liberal y democrático y no absolutista, y que la voluntad del pueblo sería la *suya*.

En Viena, al rededor del macilento hijo de Napoleón, del pobre duque de Reichstadt, se agitaron los más impacientes, que llegaron á someterle un proyecto de constitución imperial que no desagradaba á la corte de Viena que, naturalmente, había de preferir al hijo de Napoleón á los orleanes. Pero

Metternich comprendía de sobra que el duque de Reichstadt no podía ser en París más que el hijo de Napoleón, y procuró tener sujetos á los partidarios de la restauración imperial.

Trabajado el pobre niño, dotado de una gran inteligencia natural, por las excitaciones de su familia y de sus partidarios, y por las severidades de los que se habían constituido en sus carceleros, trabajado por un desarrollo físico fuera de lo natural, era imposible que aquella existencia que sólo se alimentaba de impacencias y de recuerdos, pudiera resistir tantas sugerencias, no siendo de las menores la del mariscal Marmont que habiendo buscado un asilo en Viena, pues no podía ser el hombre de los orleanes, y los borbones no querían oír hablar de él, pretendía ser ahora el restaurador de los bonapartes. Sin embargo, entre Marmont y los parientes del príncipe había una grande diferencia. Aquel aconsejaba esperar; éstos, por lo contrario, querían obrar, y con sus obras lo que lograron fué hacer perder á la madre del duque su ducado italiano.